DE MI SERON CAMINERO

MARTIN DOMINGUEZ. Arquitecto.

"Nessun maggior dolore che di ricordar il tempo felice nella miseria." (Dante, *Inferno*.)

Hace cuarenta años el entusiasmo juvenil nos hizo meternos a Carlos Arniches y a mí en camisa de once varas: a escribir una página semanal de arquitectura para *El Sol*, de Madrid. Siendo los periódicos lo inflexibles que tienen que ser en cuanto a la última hora de entrar en prensa, y siendo algunos arquitectos lo que muchos de ellos solemos ser, gentes no muy dadas a administrar muy bien que se diga nuestro tiempo, nadie se sorprenderá de saber que una semana sí y otra también andábamos con la lengua fuera para llegar a la imprenta antes de que nos dieran con la puerta en las narices.

Por aquel entonces, don Miguel Primo de Rivera acompañó al rey en su visita a Italia. Volvió el general jerezano impresionadísimo por las autostradas mussolinianas; los "firmes especiales" fueron en España la orden del día. Uno de los muchos en que estábamos devanándonos los sesos para dar con algo que presentar en nuestra páginas se nos ocurrió a Carlos y a mí pensar que al irse completando el Circuito de Firmes Especiales, cuya construcción se inauguraba a bombo y platillos, a lo mejor les daba a las gentes por viajar por él en automóvil. ¿No habría llegado el momento de ir previendo dónde se iban a alojar los viajeros a los que sorprendiera la noche por el camino? ¡Eureka! Enviamos a *El Sol* un bosquejo de hotelillo de carretera, si tal denominación cupiera a una especie de coche-cama, o poco más, dejado al borde de una cuneta. Pronto olvidamos el asunto.

A los pocos meses se creaba el Patronato Nacional de Turismo, y no tardamos en saber que no había caído en saco roto nuestra idea, ya que la Asesoría de Alojamientos del flamante organismo convocó a un concurso de anteproyectos para construir doce albergues de carretera, cuyo programa le venía como anillo al dedo que nosotros habíamos apuntado en aquella dirección en *El Sol*. Resultó ser que un avisado ciudadano había enriquecido sus pobres credenciales personales de experto turístico apadrinando—valga la frase—aquella idea nuestra, lo que le valió, según me confesó luego, la codiciada prebenda a que en el P.N.T. aspiraba. Tanto era la todavía inexplicable coincidencia que con desempolvar y sacar de nuestro archivo el proyecto de *El Sol* podíamos presentarnos al concurso sin ningún esfuerzo. Y, ni cortos ni perezosos, dicho y hecho.

Como no siempre es oro todo lo que reluce, parece que con el concurso se trataba de "cubrir el expediente", por lo que voy a referir. Nos fue adjudicado el primer premio del mismo y entonces el seráfico asesor de alojamientos salió con la pretensión de que

El arquitecto español Martín Domínguez, residente en Estados Unidos, llevó a cabo con su colaborador Carlos Arniches (†) una campaña sobre Albergues de Turismo, de la que da cuenta en estas notas que, a petición nuestra, nos ha enviado.

se encargara de desarrollar el proyecto definitivo de los doce albergues que había que construir a un concursante allegado a gentes de influencia por aquel entonces en el Patronato de Turismo. Afortunadamente, los arquitectos del jurado (¿no lo eran don Secundino Zuazo y don Fernando García Mercadal?) pusieron pies en pared, mantuvieron con entereza la tesis de que los arquitectos ganadores del concurso debieran ser los autores de los proyectos definitivos, y se evitó el desaguisado.

Así entramos Carlos Arniches y yo a servir al Patronato Nacional de Turismo el año 1928. Ello nos dio ocasión no solamente de llevar a cabo una idea que resultó ser fecunda a pesar de haberse iniciado un poco a la buena de Dios, sino asistir de cerca al agitado proceso de afianzamiento del P.N.T. en la vida española. Los vaivenes políticos de una época tan llena de peripecias como aquella lo fue, se registraban inmediatamente en el Patronato con inusitada violencia. Diríase que apenas un presidente del Consejo juraba el cargo, como primera providencia firmaba el nombramiento de una persona de su confianza a la que encargaba de liquidar en seguida al P.N.T. Pero no tardaba mucho el presunto liquidador en comprender el despropósito que tales propósitos encerraban, y pronto entre unos y otros lo convertíamos en denodado valedor del Patronato. Fue un proceso interesante de seguir de cerca.

También nos permitió el servicio del Patronato conocer a España en esa su íntima y fecunda entraña, a la que no siempre se llega por los caminos trillados. La espléndida variedad de sus regiones y comarcas, la rica textura de sus paisajes, usos y costumbres, de sus gentes y tradiciones, lo sabroso de su comer y beber, enriquecieron nuestra vida personal aquellos años de manera increíble. Innumerables anécdotas jalonan para mí los recuerdos de aquella época. Tal el encuentro con aquel belicoso notario aragonés de Almazán, que por un quítame allá esas pajas se sentía impelido a romperle la crisma al primer viajante que llegara por la marca catalana de su tierra. En otra ocasión, aquel infeliz licenciado del presidio de San Miguel de los Reyes, quien, habiendo perdido el billete del tren que lo llevaba de Valencia hacia la libertad en su tierra gaditana, se enredó a denuestos con el interventor, que lo quería hacer bajar del tren por la Guardia Civil, poniéndose así de nuevo al borde de cometer una barbaridad; hasta que una módica colecta entre los viajeros, que yo inicié, solventó el asunto. Luego me costó trabajo no herir la susceptibilidad del lacerado, rechazando el regalo magnífico que quería hacerme de una cesta tejida por él con hojas del patio de las Tres Palmeras del famoso penal, tan

desgarradoramente cantado por nuestros flamencos. La relación sería interminable.

Desde un punto de vista profesional me interesa señalar que nuestra labor en el Patronato empezó siendo la de proyectar edificios, la de hacer planos; acabó por ser la de proponer y estructurar planes. Quiero ilustrarlo relatando algo que se refiere a una de nuestras últimas labores para el P.N.T., por entonces regido por don Alfredo Bauer y asesorado por don Enrique Cavestany. Convencidos Carlos y yo de que el programa de Albergues de Carretera, con un objetivo turístico claramente determinado, estaba ya firmemente establecido, ideamos ir ampliando la obra del Patronato Nacional de Turismo hacia otros derroteros. Propusimos entonces al Patronato la creación de una Caja de Ahorros turística que permitiera a las gentes que percibían unas semanas de salario con vacaciones retribuidas disfrutar efectivamente de las mismas, en una cadena de veinte hospederías de playa y montaña, de campo y sierra, diseminadas por las diferentes regiones españolas. Se inspiraba proyecto tal en la esencial modestia, casi franciscana, de nuestros años en la Residencia de Estudiantes de la calle del Pinar. A tal nivel, la cosa era factible. Pero tropezó el proyecto con otras ideas, concebidas con anterioridad, sobre la mejor manera de cumplir semejante objetivo: la gran Ciudad de Vacaciones que un ministro de Obras Públicas había ideado crear en el Guadarrama. Recuerdo vivamente una larga sesión en la que se discutieron las ventajas e inconvenientes relativos de los dos proyectos, las respectivas dificultades de su realización. A consecuencia de ella quedó desechada la idea de la Ciudad de Vacaciones en el Guadarrama e iniciamos los proyectos de los prototipos de las instalaciones de vacaciones por nosotros propuestas. No tuvimos ocasión de terminarlos.

Como otra ocurrencia de cierto interés profesional, recuerdo una mañana en que fui llamado a las oficinas del Patronato y recibí el programa mejor que un arquitecto puede recibir para proyectar un edificio. Me dijeron: "Queremos presentar, a la entrada de los turistas a España, un hotel que les demuestre que sabemos atenderlos tan bien o mejor de lo que pueden hacerlo en Francia, en Suiza o en Italia. Vaya usted al Pirineo, elija usted un emplazamiento, consiga usted el terreno y proyecten ustedes el edificio." En cumplimiento de esa misión fui al Pirineo catalán, vi un terreno en una de las últimas estribaciones, separada de la gran muralla fronteriza por el ruiseño valle de Puigcerdá. Me dijeron que su dueño, el notario doctor Martí, no lo vendería. Fui a visitarlo. Cuando le expliqué el motivo de esa visita me confirmó que me habían informado bien, que él no vendía ese terreno; pero que, dados los fines para lo que lo solicitábamos, él lo donaría al Patronato. Acabé consiguiendo asegurar, por medio de una servidumbre que nos daba la facultad de rechazar cualquier proyecto de edificio que se hubiera de construir en el futuro a menos de cien metros a la redonda del terreno que él nos donaba, la adecuada protección de la inversión que allí iba a realizar el P.N.T. Cito el caso porque señala el prestigio adquirido por este organismo para entonces, sobre todo si uno recuerda las rechiflas—y hasta pedreas—con que fuimos a veces recibidos al iniciar la búsqueda y selección de terrenos en los albores del programa de Albergues de Carretera, por los años 29 y 30; recibimiento organizado por venteros pueblerinos de la calaña tan magistralmente retratada por Cervantes en su *Quijote*.

Si hablo aquí de algunas de estas cosas es por el interés que tienen desde un punto de vista profesional. Es porque creo que subrayan un aspecto de la contribución que un arquitecto puede—/

debe—hacer en el servicio de su profesión. Es la que puede hacer en el terreno de enfocar la atención hacia los problemas arquitectónicos esenciales, que, como todos sabemos, tienen mucho de forma y valoración estética y de adecuación funcional; pero que también tienen mucho de complejas ramificaciones que se salen del terreno puramente arquitectónico. El tratar de servir así, siempre nos sirvió bien a Carlos Arniches y a mí. Eso fue lo que nos espoleó—saliéndonos casi un poco de los "márgenes del dibujo"—a arriesgar el tiempo y esfuerzo necesarios para la presentación de un segundo proyecto al concurso del Hipódromo de Madrid en compañía de Eduardo Torroja. Lo hicimos por estar convencidos que las bases del concurso impedían la realización de un hipódromo técnicamente adecuado. Fue un envite arriesgado. ¿No ofrecería el inminente sorteo de Navidad probabilidades más prometedoras? El éxito que nos acompañó me ha hecho creer siempre que es verdad eso que dicen de que Dios protege a la inocencia...

A lo que van estos comentarios es a declarar mi firme convicción de que el arquitecto, como profesional, se debe a la sociedad que lo ha formado y que le brinda cuantas ocasiones pueda él tener de realizar una labor personal significativa. Al hacerlo, hablo de cosas pasadas y de gentes idas. No estaría bien sin declarar aquí lo afortunado que he sido al haber podido sembrar buena parte de mi modesta heredad profesional, como hizo el Arcipreste:

"Ribera el Henares, sembré avena loca."

Y en tan buena compañía como me cupo en suerte labrar. No son frecuentes la inagotable y personalísima fantasía creadora de un Carlos Arniches, siempre de infalible gusto; tampoco lo es la exquisita sensibilidad de un Eduardo Torroja, tan sólidamente respaldada por su increíble saber. Y no abunda demasiado la entrañable calidad humana ni la esencial humildad, de gente de real valer, de ambos amigos. Que en paz descansen.

Me ha tocado el comer—¿no cabría decir que a dos carrillos?—el pan en el extranjero. Sólo los que lo sufren pueden comprender el profundo significado lacerante de las palabras que Eurípides pone en boca de uno de sus personajes de la *Electra*, refiriendo el "hambre eterna" que sufre Orestes, hambre que el pan más sabroso no puede saciar. Por no entenderlo, tuve una vez que aclararle a una pobre señora millonaria que me ofrecía, en mis días más necesitados de La Habana, trabajo, con oferta hecha en forma que tenía más de amenaza que de promesa, que, como el pegualero extremeño del cuento, en mi hambre mandaba yo.

Uno ha jugado su mano como Dios le dio a entender y según le fue entrando el naipe. Ello me ha significado tener que contentarme con presenciar desde lejos la lozana floración arquitectónica española actual. Mala suerte la mía. Mientras tanto, entre dimes y diretes, se ha ido yendo el sol de las bardas, como a la chita callando. Mira uno hacia atrás y se sorprende un poco del camino andado; se alarma uno un tanto de lo poco que va quedando por andar. Para poder recordar, tengo que olvidar por breves momentos la lección tan bien aprendida en los maristas del San Sebastián de mi niñez; de la mujer de Lot, que se petrificó por mirar para atrás. Esto me ha permitido darme cuenta que el mirar para atrás no siempre endurece. Debo agradecerle al Consejo de Redacción de *ARQUITECTURA* la oportunidad que me ha dado de comprobarlo.